

Joan Roís de Corella, *Prosa profana*, traducción a cargo de Vicent Martines, «Clásicos Medievales», ed.Gredos, 2001.

A la buena recepción de la espléndida idea de traducir a «mossèn Corella», como es conocido también en las letras catalanas, hay que sumar la expresión de congratulación. Y esto doblemente, por un lado caso porque se trata de una obra «de rescate» y de una literatura muy pendiente de rescatar en el ámbito español y, por otro lado, por la iniciativa editorial de hacer accesibles estos textos con la dignidad que se requiere.

Una de las bondades de la traducción es la de propiciar que dos literaturas (lectores/autores) se pongan en contacto y ello es especialmente fructífero cuando poseen ricos caudales por explotar; como ocurre entre estas dos literaturas y muy especialmente en las épocas que tratamos. Roís de Corella es idóneo para esta labor de enlace, de interesar y provocar nuevas relaciones, a la vez que –como bien se establece en esta Introducción– es bastante paradigmático del Prerrenacimiento hispánico. Época que es riquísima y que, –al igual que se concluye en el reciente estudio de González Rolán, Antonio Moreno y Saquero (*Humanismo y teoría de la Traducción en España e Italia en la primera mitad del siglo XV*, 2001), libro que estudia y edita la polémica entre Bruni y Alonso de Cartagena–, está muy por descubrir y valorar en un contexto internacional. En gran parte, porque desconocemos nuestro propio caudal.

En cuanto a la función del traductor, sea de puente, o de «pasarela» –como dice Martines–, hay que resaltar que nos deja unas ideas generales sobre el hecho de traducir que pueden ser válidas más allá de su aportación concreta. Así mismo hay que destacar como oportunísima la referencia a la traducción del *Perceval* del Dr. Riquer, que nos educó a muchas generaciones en ese buen gusto, evitando los extremos al tratar las obras medievales, lo que lleva además a disfrutar mejor de ellas.

También, hay que valorar el aparato de notas, eruditas pero útiles a la vez para el lector de mediana cultura.

Acerca de las mismas prosas profanas de Corella, no voy a hacer comentarios. Como experta en esos siglos –en la medida que sea pero experta al fin– y en las mismas letras –aunque sea sólo por el peso de mis trabajos– creo poder decir que la traducción que contemplamos es –a mi entender– impecable. Punto que es el esencial en toda tarea traductora y que, en este caso comporta un gran mérito porque Roís de Corella no es autor fácil, principalmente desde el punto de vista sintáctico. Y, a mi parecer, el profesor Vicent Martines, no sólo ha sido fiel en trasvasar el sentido, sino que ha vestido la frase en la lengua española con la vestidura de la frase catalana original, reproduciendo la distorsión y difícil personalidad originarias, como corresponde en una edición de un poeta de estas características; labor que además le permitía la colección en que se inserta y el grado de erudición de la misma.

Sí que haré un comentario, sin embargo, hacia un aspecto de la Introducción, de esta tan exacta como generosa parte que nos hace de puerta al autor traducido, dado que, además de reconocer méritos y aciertos, creo también que la función crítica supone confrontar pareceres.

Aquí, se expone el ambiente que prelude la llegada de este nuevo clasicismo, que es sabido que se lleva a término a través de los italianos. Y se habla de las «tímidas muestras aquí y allí en la lírica catalana», pág. 54. Pero extraña –dado que esta traducción se ocupa de prosas profanas– que no se cite al gran prosista del siglo XIV-XV y autor de una excelente prosa de tema no religioso –como se define aquélla, pág. 26– en catalán: a Bernat Metge. Cuesta entender este olvido, dado que el autor barcelonés fue el primero en citar a Petrarca en una lengua vulgar en la Península, en hacer una de las primerísimas traducciones mundiales del *Griselda* y cuyos diálogos (*Lo somni, Apologia*) son todo un manifiesto de adhesión al nuevo clasicismo; y estos rasgos se dan a la vez en un autor que a su vez deja bien manifiesto su anticlericalismo y aversión a la moral tradicional en una obra tan divertida como el *Sermó*.

Y aunque no se le diera una lectura humanista a sus escritos –cosa que sin embargo la crítica desde una perspectiva interdisciplinar está avalando, pero que implica una discusión científica–, normalmente se admite que su gran diálogo sigue de cerca el *Secretum* y está allí volcado el *Corbaccio* así como el *De claris mulieribus*, reconocidos ambos de manera inequívoca. Esto, además de todo el caudal de clásicos, absorbidos magistralmente y de su implacable e inteligentísimo humor. Eso sí, Metge hacía una obra que sólo podía entenderse en profundidad en el más íntimo secreto, lejos de todos los esnobismos, «comportamientos y motivaciones que no se corresponden mucho con los que determinaron el *Umanesimo* de verdad» (pág.57).

En el mismo siglo y en las mismas letras hay también otro concepto de lo clasicizante, al margen de pedanterías o vacuidades falsamente clásicas, en las

novelas caballerescas, sea el *Curial e Güelfa* o el *Tirant lo Blanc*, obras que a pesar de absorber al extremo aquellos mitos, yuxtaponen un tratamiento humorístico. Obras que no se olvidan en esta Introducción.

Si volvemos a las páginas introductorias al estudio de Roís de Corella, en último lugar se trata de su recepción y, tras aludir a los esfuerzos que él mismo hiciera por difundir su obra, se concluye que a pesar de ello cuesta entender su olvido.

Por otro lado, así como dijimos respecto a la traducción, hemos de decir en cuanto al enfoque de su figura, de tan difícil distinción. En breve tengo que dar un seminario sobre la *Tragèdia de Caldesa* y –dentro de la más variada crítica– a ésta me acogeré para su explicación; pues hay que asentir con Vicent Martines que el talante de Corella es medievalizante, sea por su sentido terapéutico de la ética, como escarmiento, así como por su moral tradicional –el erotismo decora, pero es para dar ejemplo y no por el mismo disfrute de los sentidos; al contrario de lo que tan bien nos transmite un Martorell–. Enfoque que está muy lejos del concepto del sufrimiento como ejercitación, característicamente ovidiano en las *Pónticas* y con el que Metge encabeza su *Griselda*, o bien con el sentido de la vida como oportunidad, típico del *Curial*. Detalles que muestran un cambio de actitud frente al viejo estilo.

Evidentemente Metge es bastante anterior, hasta el punto que puede parecer prematuro, pero según reza el refrán catalán, «entre poc i massa la mesura passa», porque Corella –según se suele considerar– ya ha perdido el tren. Con esta regla se mide al fugaz Humanismo a menudo, por lo que no se suele encontrar en estado de vigilia y aparece como algo onírico.

Se hace obvio que hay distintos grados de modernidad, pues si estamos muy lejanos de estas prosas y nos agradan como algo muy de época, sin embargo vibramos con la intensidad con que pueden conmover aún las confesiones agustinianas. Valga también una última enhorabuena para todos los profesores de Valencia, que contribuyen tan felizmente a la valoración del gran Medievo en las letras catalanas.

Julia BUTIÑÁ JIMÉNEZ
UNED